

corporarse a Castilla continuaron su « tradición económica y social urbana a través de los nuevos burgueses cristianos incorporados a su población »; las castellanas de entre Duero y Guadiana, a las que podría aplicarse, en general en su génesis, la definición que Sánchez-Albornoz dio para Ávila en especial: fortalezas y templos, que conservaron su carácter de poblaciones rurales y la tónica militar, cuyas clases ciudadanas estaban constituidas básicamente por caballeros; y finalmente, las nacidas o crecidas al calor de influencias transpirenaicas, las únicas donde « puede decirse que hubo aglomeraciones mercantiles e industriales, barrios o poblaciones designadas con la denominación de « burgos » y grupos sociales ciudadanos a los que se calificó de « burgueses ».

Tales son las conclusiones a que llega Valdeavellano, a través de ciento cuarenta páginas, densas y ágiles a la vez. Tras pasar revista a las principales teorías referidas a Europa Occidental, el autor centra su atención en la Península. Destaca las características de lo español, en sus diferentes tipos de ciudades y el origen de sus poblaciones, y hace un breve resumen de la economía hispana desde los primeros siglos de la Reconquista hasta el XIII, en función siempre del tema de su trabajo — bueno es recordar que Valdeavellano hace años ya había demostrado su interés por los asuntos económicos y su seriedad para tratarlos en su hermoso estudio sobre « El Mercado ». Señala luego el escaso empleo de las palabras burgos y burgueses en los documentos españoles y lo limitado de su ámbito geográfico y, llegado así al meollo del problema que se había planteado, estudia más detenidamente el nacimiento y desarrollo de aquellas ciudades en las que puede hablarse realmente de la existencia de una burguesía. Ha contado Valdeavellano para realizar su estudio con un amplio conocimiento de la bibliografía, general y especial, europea y española y también — es una satisfacción para nosotros poder decirlo — americana. Basta recorrer rápidamente las abundantes notas a pie de página para comprobar qué larga es la serie de nombres y títulos, cuántas las colecciones documentales. La ya demostrada capacidad de Valdeavellano le permite interpretar todos los datos obtenidos e integrarlos en una síntesis clara y apretada, en la que nada sobra. Valdeavellano era el más indicado para realizar esta obra, que vincula el proceso económico y social del medioevo español con el europeo del mismo período y a las actuales escuelas de historiadores peninsulares con las más modernas corrientes ultrapirenaicas.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.

FERRAN, SÓLDEVILA, *Historia de España*. Tomos I-VIII. Barcelona, Ediciones Ariel, 1952-1960.

En ocasiones anteriores acepté la grata tarea de comentar la *Historia de España*, de Ferran Soldevila, que con su tomo VIII alcanzó recientemente

Afortunadamente, el autor no pretendió agotar las fuentes — antiguas ni modernas — para cada uno de los hechos tratados. Consciente, como lo afirmara Menéndez y Pelayo, de que « nada envejece tanto como un libro de historia », Soldevila no ha regateado esfuerzos para consultar las obras — en ocasiones, documentos — que consideró esenciales. ¿ Se equivocó al prescindir de algunas monografías, según juicio de los autores de estas últimas? Tal vez. En todo caso, su firma sale garante de lo que cita, siempre a pie de página y con indicaciones precisas. Bibliografía indudablemente consultada, que si no hace inventario de todos los matices, ofrece limpias tomas de posición, actitudes que serán puntos de arranque para trabajos sucesivos.

La Historia de España de Soldevila es — no se nos quede en el tintero — una historia simultánea o, quizá con mayor exactitud, cíclica. Expone y a menudo explica los hechos por círculos concéntricos paralelos, si se quiere, simultáneos de los diversos pueblos de la Península, relacionándolos con la historia coetánea de los europeos. Vemos, pues, en marcha siempre a los castellanoleonese, a los catalano-aragoneses, a los vascos, gallegos, andaluces... Una falla: se echa de menos el ritmo del pueblo lusitano. ¿ Por qué? Es lícito hacer la pregunta y, si no mediara la paladina confesión del autor, lícito sería también combatir el abandono que en esta magnífica obra hace de los portugueses. No se trata aquí de opinión ni de punto de vista. Ocurre una vez más la comprobación de que, contra el sentir de Camoens y de Garret, en el plano de la creación intelectual la frase de que portugueses y españoles son hermanos ha quedado en eso únicamente: en una frase.

¿ Es la de Soldevila una historia integral? Lo tiene escrito un profesor español en centroeuropa. Adelantemos que no hay, por el momento, ninguna otra en que con mayor riqueza de sugerencias, con más espontánea jugosidad brinde lo que durante decenios se dio en llamar historia cultural en su más vasta extensión. Los acontecimientos políticos, los choques bélicos son muchas veces trama y urdimbre, simplemente, de contenidos económicos y sociales, artísticos y espirituales actuando, recíprocamente, unos sobre otros. Éste es quizá el segundo gran acierto de la obra, prueba de una habilidad literaria de que carecen — hay que confesarlo — el noventa y nueve por ciento de los historiadores profesionales. Repitamos la pregunta: ¿ es la de Soldevila una historia integral? Felicítase el autor de que lo neguemos, pues de la negativa, contando con el aliento vital que dio existencia a las cuatro mil páginas que tengo enfrente, saldrán otras en sucesivas ediciones captadoras de, por ejemplo, la evolución de las ideas en el ámbito de lo hispánico. Dejemos por sentado que es bizantina la discusión de si hubo o no ciencia española hasta, pongamos, 1898, la fecha en que termina la obra de Soldevila. A la ciencia propiamente dicha se refiere el autor en varios tomos, si no con la intensidad que en ocasiones merece, sí para salvarla del olvido. Pero, ¿ y la historia de las ideas, esta última rama del frondoso árbol de la historia, ligerísimamente aludida en la obra que comentamos? Aprovechémosla, vale la

pena reiterarlo, en sucesivas reediciones. Hispania es rica en los aspectos interdepartamentales de la historia intelectual, y es casi virgen el estudio de los pensamientos de vigencia amplia entre sus generaciones, los aplicados por ellas a los problemas de su supervivencia. (No una historia de las ideas filosóficas, se entiende, pues éstas, forman solo una parte de la historia de las ideas).

Quiero hacer hincapié en una observación ya registrada en esta Historia de España. Me refiero a la orquestación de todas las voces en ella recogidas. Sólo un poeta, y erudito, podía agruparlas en el coro de sus capítulos. Vibran todos porque el autor ha extraído vida del polvo de los pergaminos, no ha vacilado en rechazar tópicos y ha tenido vagar para concertarlos y no, rutinariamente enlazarlos. La personal interpretación de Soldevila es, como toda interpretación, subjetiva; pero, *rara avis*, observemos que el subjetivismo innegable de muchos enfoques lo encontramos atestiguado a pie de página. El símil que se nos ocurre es el del gran repúblico Francisco Pi y Margall, frío razonador de ideas explosivas.

El tomo octavo, último de la Historia de España de Soldevila, se abre con el asesinato de Prim y termina en 1898, fecha simbólica para, no lo dudamos, iniciar un par de volúmenes más en breve plazo. La depuración de las constantes a que nos tiene habituados el autor es en tomo mayor. Transcribamos una de sus primeras observaciones: «Mientras las guerras civiles hispánicas se caracterizan por su crueldad y su violencia, los cambios de régimen acostubran a ser poco sangrientos, casi pacíficos». Esta sola frase, bastara a honrar la obra de largo aliento que nos ocupa. Gracias al autor vivimos las angustias del cesante, las trapacerías del prestamista, el hambre del maestro de escuela, el vandalismo de los carlistas y el desorden republicano.

De la sorpresa, recurso del artista de pro, echa mano Soldevila en las fuentes, por ejemplo, al recoger las anotaciones que, referidas a los sucesos españoles, consignó Dostoyevski en su *Diario de un escritor*. Y es que el autor, como los independientes de todas las épocas, se reserva el derecho a la alusión sin limitaciones de tiempo ni de país. La variedad desbordante de la biología española del Ochocientos tampoco conoce límites en estas páginas. Nos compenetramos en ella con Cánovas y con Sagasta; acompañamos a los emigrados empezando por el propio Don Alfonso XII; descubrimos que el sufragio universal resulta conservador, contra la afirmación en contra; respetamos a Víctor Balaguer — revolucionario de joven y gran señor en la madurez —. Y también aparecen los contrastes: catalanes y vascos, por tradicionalistas, los más capaces de desarrollar la industria moderna y frente a ellos, con absoluto desdén por consideraciones de carácter práctico, los marinos de la guerra del Pacífico, obsesos por puntillos de honra.

La tragedia cobra proporciones singulares, ajenas al ritmo de otros pueblos más felices por nata inclinación a un vivir más sensato, menos aficionados a cambios de constitución y a pronunciamientos, «las dos mayores calamida-

des» de España en opinión de Sagasta. ¿Serán los españoles mismos los interesados en hundir su patria? Sabemos de muchos de ellos que la despreciaron. El mismo Cánovas pudo atestiguarlo al pronunciar su tremenda frase: «Son españoles... los que no pueden ser otra cosa...» Soldevila sabe matizar; por eso se nos aparecen humanos, por ejemplo, los avisados norteamericanos de Mac Kinley, lo mismo que los marinos sacrificados en Santiago de Cuba y los inconscientes que desde la Península ganaron batallas asistiendo a corridas de toros o funciones patrióticas. La esperanza, nunca abatida de los peninsulares, se cifrará pronto en el rey niño. Con él vendría la regeneración. Corresponde a Ferran Soldevila demostrar si la hubo o no, con la condición de adoptar, para el siglo nuestro, la misma perspectiva periférica que para los anteriores.

El término de este ya largo comentario reiterará los elogios que la parte gráfica de la obra merece. De la portada del tomo octavo, la que reproduce a todo color el cuadro de Jover y Sevilla del juramento de la Regente, a los grabados, dibujos y fotografías de la liquidación cubana, se sucede la más emotiva e impresionante galería de ilustración histórica.

R. OLIVAR BERTRAND.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y AURELIO VIÑAS, *Lecturas históricas españolas*. Segunda edición. 590 páginas. Colección Siliar. Editorial Taurus, Madrid, 1960.

He aquí una obra de historiadores. Si no escrita por ellos, por ellos compuesta con selección de textos en la que se pone de manifiesto un auténtico sentido de la Historia. Labor de maestros. Sus autores lo son. Y con esta antología lo demuestran una vez más. Hemos dicho «lo son»; pero desgraciadamente, refiriéndonos a uno de ellos — Aurelio Viñas —, hemos de cambiar el tiempo del verbo, transfiriéndolo al pasado, porque dejó de ser, en el sentido de existir.

Murió Aurelio Viñas poco antes de que viese la luz esta segunda edición de *Lecturas históricas españolas*, que en la primera — de 1929 —, se titulaba *Lecturas de Historia de España*. De su colaborador dice don Claudio Sánchez Albornoz en el prólogo de la nueva edición: «Me unía a él medio siglo de amistad. Desde los bancos de la Universidad hasta su trágica muerte hemos mantenido una fraterna relación. Alejados en el espacio, sobre todo desde que hube de cruzar el Atlántico en busca de libertad y de trabajo, nuestra identificación amistosa no sufrió jamás un solo bache. La simpatía y la cordialidad de Aurelio Viñas le dotaron de una caterva de amigos. Pocos le conocían como yo y pocos me conocían mejor que él. A más de la amistad nos unía nuestra común devoción por muchos temas de la historia de España